

socavan los fundamentos del judaísmo y me ofrecéis la seguridad de vuestro piso superior; ¡parece que os estéis burlando de mí!”<sup>7</sup>

La *Aufklärung* alemana, “un cosmopolitismo integral y casi sagrado”,<sup>8</sup> favoreció la emancipación política de los judíos. Pero, la visión ilustrada del judaísmo (la de Lessing o Herder) ofrecía una imagen de lo judío como frontera de las Luces, como lo que quedaba excluido, o más bien, como el lastre que había que arrojar si se quería pertenecer a ella. Así pues, la emancipación política exigía la asimilación cultural y la integración social. Es decir, el judío si pretendía ser ilustrado (y alemán), debía emanciparse de su judaísmo. Los filósofos alemanes buscan al hombre en el judío, asumen la parte de culpa que les corresponde a propósito de la exclusión social de los judíos, hacen propósito de enmienda y proclaman que el judío también es un ser humano. Pero su inclusión en el movimiento de la historia exige la renuncia a su identidad judía, que es algo ya superado, una rémora del pasado, un peso del que hay que deshacerse.

El *Fedón* pretende establecer, filosófica e indirectamente, que en el judaísmo existen elementos que pueden y deben ser entendidos como conformes a la razón. Si aceptamos que la demostración racional emerge a partir de la base que proporciona el sentido común, si éste está de parte de la inmortalidad del alma y ésta es indispensable para la felicidad, entonces el sentido común coincide con los conceptos verdaderos del judaísmo, los cuales, para Mendelssohn, son los mismos que los producidos por la religión racional, como el de la inmortalidad del alma.

He tratado de hablar de ciertos aspectos que solamente eran mencionados en la introducción de Monter, traductor también de *Jerusalén*. Sólo nos resta esperar nuevos lectores que continúen enriqueciendo la esfericidad del *Fedón* en esta magnífica edición. Terminó como comencé, con una cita que remite al mismo autor y a la misma escritura, la de Elias Canetti: “Hay que defenderse de todo lo que somos pero de tal manera que no lo destruyamos”.<sup>9</sup>



## UN PENSADOR CASI OLVIDADO

JORDI COROMINAS Y  
JOAN ALBERT VICENS  
**Xavier Zubiri. La soledad  
sonora**

(Taurus, Madrid, 2006).

**José Miguel Martínez Castelló**

Deleuze denunció en varios momentos de su vida el atrevimiento y la desfachatez de la ignorancia. Pues bien, si la cultura, a través de la educación, representa una forma de salida de un estado de cinismo e insolencia, el libro *Xavier Zubiri. La soledad sonora*, de Jordi Corominas y Joan Albert Vicens, es todo un argumento, una razón de peso, para no caer en aquello que señalaba el pensador francés.

Podemos seguir diferentes estrategias a la hora de reseñar un libro. Tanto es así que, de forma irresponsable, podemos ensalzar un libro que no dice nada, que no mueve ni un ápice el espíritu crítico; o bien podemos, entre otras opciones, ser extremadamente incisivos y poco condescendientes con el autor, ya sea por su pertenencia a una escuela u otra, por la inadecuada construcción de los argumentos o porque lo que se nos dice, simple y llanamente, está lejos de aquello que la escritura sugiere. Sin embargo, hay libros que hacen imposibles los disimulos, la hipocresía o las muecas. La obra que nos embarga representa todo menos frivolidad e insuficiencia, ya que puede representar un antes y un después en la recepción de Zubiri en España; sin embargo, lo trascendental es que podemos asistir a un replanteamiento de la filosofía española, esto es, de su pertinencia y proyección en el decurso del siglo XXI en condiciones normales. Pero ¿por qué en condiciones normales? Por la simple razón de que la filosofía española en el siglo XX ha sido tratada de forma similar a

como Ortega y Gasset fue dispensado en el parlamento de la Segunda República: “Se le escucha, se le aplaude y se pasa a otra cosa”. En nuestro país, y ahora también en Europa, ante un discurso filosófico se suele aplaudir y escuchar, pero con impaciencia, ¡por si las moscas!

Nuestros políticos abarrotan sus discursos de nociones filosóficas de toda índole, al mismo tiempo que decretan proyectos en los que la presencia de esa antigua señora se minimiza casi hasta su inexistencia. Pero ahí estriba el error, desentenderse de ese saber primero, de esa enigmática y paradójica disciplina. En cambio, la filosofía española sí que ha existido, ha palpitado con fuerza y desparpajo, incluso en medio de una situación de pauperización y penuria extrema heredada del siglo XIX, dos guerras mundiales, una guerra civil como jamás se había dado hasta ese momento y, por si fuera poco, cuarenta años de dictadura. Ahí está el mérito del pensamiento español, de los filósofos españoles que, a pesar de los pesares, han creado no ya una escuela o tradición, sino un espacio, que hoy disfrutamos, en el que poder pensar en libertad. Muchos son los responsables de esta situación, exiliados y no exiliados: Unamuno, Ortega y Gasset, Morente, García Bacca, Xirau, Marías, Laín Entralgo, Gaos, D’Ors, Ellacuría o Zambrano; a estas personalidades deberíamos unir las diversas generaciones poéticas con las que hemos tenido el privilegio de contar, en concreto la del 98 y la del 27.

Pero un nombre se une a todos ellos; un hombre olvidado y llevado, para vergüenza nuestra, al más puro ostracismo intelectual: Xavier Zubiri. En él encontramos mostrada, representada ante nosotros, la conciencia de un siglo entero. Tras sus escritos brotan dos acontecimientos de vital importancia: el ocaso de Europa y el hundimiento de la modernidad. Tuvo que hacer frente a la situación siempre difícil y turbadora de encontrarse “sin mundo, sin Dios, sin Yo y sin una razón en la que confiar, en una Europa llena de tumbas de guerra” (p. 19). Ante este galimatías circunstancial, que trascendía su patria chica, no se amedrentó, sino que, como un héroe quijotesco, se enfrentó al mal del siglo al que se vio abocado, adentrándose en las vidas de los que iban a marcar las trayectorias filosóficas contemporáneas. Conoció, discutió y habló con Husserl y Heidegger, de tú a tú, y

entendió después que la salvación de la filosofía, en su lucha contra el nihilismo impuesto y reinante, era volver a plantearse, desde el inicio, los presupuestos filosóficos, desde los griegos y a través del idealismo alemán, el positivismo, el pragmatismo y, lo más importante, el nuevo espacio que se alumbraba con la fenomenología tras la publicación en 1927 de *Ser y tiempo*, sin perder de vista lo que su maestro Ortega decía y escribía desde una España abocada irremediablemente al fratricidio.

Corominas y Vicens van trazando los diferentes tiempos que configuran al filósofo, y en ese ir construyendo su biografía se cae en la cuenta de la falta de respeto hacia una de las mayores mentes del siglo pasado. En España se le ha conocido y presentado como un escolástico más, un seguidor de Aristóteles, con tintes de seminarista retrógrado, otro fósil del pasado filosófico. Pero, a medida que la lectura transcurre, todos los atrevimientos e impropiedades que hemos heredado se desvanecen sucesivamente. En primer lugar, hallamos el volumen de lecturas, trabajo e intereses que ostentaba Zubiri. Desde muy joven tuvo claro que la filosofía no podía hacer oídos sordos al porvenir de las ciencias. Ante la caducidad del modelo newtoniano, en el que el tiempo y el espacio se consideraban absolutos, que la filosofía moderna asume y bendice, germina la revolución física, relativista y cuántica, facilitando un nuevo orden para la configuración del mundo. Por ello, Zubiri es consciente de que la filosofía no debe quedar anclada en el pasado, y sin supeditarse ni servir a la ciencia, debe atender a los contenidos que se ponen de manifiesto. Sorprenden los diálogos y encuentros que mantuvo con las personalidades más admiradas del siglo, desde Einstein —que le menciona personalmente en una conferencia— hasta Schrödinger y diversos matemáticos, biólogos y filólogos. Sin embargo, la contemplación de la interfaz entre ciencia y filosofía le turba, puesto que la capacidad de la razón moderna para iluminar y guiar los pasos del hombre no ha podido parar el desastre de la guerra total, sino que más bien ha colaborado a ella de manera imparable. Su filosofía, pues, no podrá entenderse sin este presupuesto, ya sean sus primeros escritos, *Naturaleza, Historia, Dios, Sobre la esencia*, o la trilogía de *Inteligencia sentiente*. ¿No

queda muy lejos este Zubiri, a la expectativa y a la vanguardia de todo aquello que acaecía en Europa, de la imagen de escolástico y chapado a la antigua que suelen presentarnos?

Otro punto de interés que los autores rescatan es la relación que tuvo con la Iglesia. Fue un gran creyente, pasó por el seminario y se hizo sacerdote, pero el libro muestra una tensión muy poco conocida de su relación con la jerarquía eclesial. Esto aporta otra volatilización más al imaginario español, que supone una relación angelical y de obediencia casi absoluta entre la Iglesia y sus miembros. Zubiri es el reflejo de lo contrario, y por ello sufrió mucho, ante la jerarquía española y la curia romana, incluso con entrevistas papales para dirimir su secularización y poder casarse, posteriormente, con Carmen Castro, la hija de Américo Castro, ignorado y silenciado por el franquismo. Es más: una de las causas por las que se negó a volver al ámbito universitario de posguerra fue la falta de libertad con la que enseñar filosofía. La fe tenía que estar abierta a las diferentes vicisitudes que se presentaban en el mundo contemporáneo, tesis defendida por los modernistas, en contra de las posturas más conservadoras y reaccionarias que veían en todo avance un síntoma de prevaricación y ruina. Tanto fue así que el espíritu abierto y dinámico de Zubiri, cercano al del cardenal Tarancón en la transición, influyó en que falangistas como Aranguren o Laín viraran hacia posiciones demócratas y liberales.

Una cuestión a destacar es la relación que mantuvo con Ortega, su maestro, y que determinó en parte la situación actual de la filosofía española. Se ha especulado mucho sobre por qué uno y otro no se citan, cosa que puede resultar incomprensible, pero que el libro aclara, y en ello se muestran dos actitudes diferentes ante la filosofía. En principio, Ortega y Zubiri están en contacto permanente hasta la muerte del primero; comparten e intercambian ideas, proyectos, trabajos, a sabiendas de que cada uno proyecta la vida filosófica de forma diferente, aun cuando se admiren mutuamente. Ortega desea que su filosofía sirva como empresa y transformación cultural de la vida española, y aproximada los problemas a la gente a través de artículos de periódicos, inmiscuyéndose en la vida política. Por el contrario,

Zubiri es el modelo de intelectual que tiene como arma principal la investigación solitaria; no se confunde el retiro con el autismo, la indiferencia o la pasividad, porque en la huida de nuestro entorno se nos presentan lo otro y los otros en un grado de problematicidad, y ésta es la característica constitutiva del quehacer filosófico.

Es curioso que lo último que publicó Zubiri fuera un artículo sobre Ortega. En él desarrollaba las ideas que ya plasmó anteriormente sobre su maestro, destacando la creación de un espacio filosófico en el que poder pensar en libertad, asentando las condiciones necesarias para ello, e indagar respecto a cuestiones hasta ese momento inimaginables. Ésta es la herencia que Ortega, Zubiri y muchos otros, a pesar de los pesares, nos han legado. De nosotros depende continuar una tradición que no es unitaria, sino que más bien está fusionada con campos e intereses diversos, en comunicación directa con quienes trabajan en Europa y más allá de sus fronteras. El libro reseñado es un buen acicate para hacer de la filosofía una instancia que nos posibilite la comprensión de los tiempos a partir de la historia que fue, y para no caer en disputas estériles que alimentan la ínsula del atrevimiento y el prejuicio ignorante señalado por Deleuze.



## LEJANÍAS DEL TACTO

JEAN-LUC NANCY

### Noli me tangere. Ensayo sobre el levantamiento del cuerpo

(trad. de M. Tabuyo y A. López, Trotta, Madrid, 2006).

Daniel Barreto González

Ante la disyuntiva de Atenas o Jerusalén, el pensamiento de Jean-Luc Nancy nos situaría de golpe en